

Estrategias sistémicas y subjetivas de transición laboral de los jóvenes en Argentina. El papel de los dispositivos de formación para el empleo

Claudia Jacinto

CONICET, IDES-Universidad de General Sarmiento

Resumen

Este artículo analiza las relaciones entre las rupturas de las formas tradicionales de inserción laboral, las débiles respuestas de las políticas públicas, en particular destinadas a jóvenes sin cualificación, y las formas en las que los propios jóvenes provenientes de hogares de bajos ingresos, se las arreglan para construir sus trayectorias laborales en Argentina. Un balance de los dispositivos de inserción, pone en evidencia su fragmentación e insuficiencia, que escasamente responde de un modo sistémico a la formulación e implementación de una política de transición hacia el trabajo. Los jóvenes que habitan en barrios marginales tienen pocas posibilidades de lograr una trayectoria laboral acumulativa. Sin embargo, el análisis de trayectorias revela que algunos jóvenes logran conjugar una acumulación de experiencias que les permiten acceder a alguna forma de generación de ingresos valorada (empleo o auto-empleo). El pasaje por dispositivos de formación profesional, pasantías y/o apoyo a auto-emprendimientos contribuye a la acumulación positiva de experiencias. Del pasaje por estos dispositivos, los jóvenes valoran: aprender un saber específico, vinculado a una ocupación; lograr fondos para iniciar un emprendimiento; acceder a un capital social y una red de relaciones; y también facilitar el acceso a espacios de sociabilidad y participación social. El análisis comparativo de las estrategias sistémicas y las subjetivas, permite evidenciar desfases y vacíos en la estructuración de la transición, y brinda orientaciones para las políticas públicas.

Palabras clave: educación, trabajo, juventud, mercado de trabajo, políticas, formación ocupacional, pobreza.

Abstract: *Systemic and Subjective Strategies of Youth Transition in Argentina. The Role of Training for Employment*

This article analyses the relationships between traditional mechanisms of labour insertion, scarce public policies (especially those focused on unqualified youth) and the professional careers of poor youth in Argentina. A balance of the policies to favour youth labour transition shows fragmented and few actions which have prove to be ineffective when dealing with a systematic policy of transition to work. Youth living in marginalized areas have scarce opportunities to develop accumulated careers in the labour market. Meanwhile, some of them manage themselves to combine accumulating experiences, including different jobs and training, internships, and/or subsidies to fund self-micro-enterprises. When these young people have the opportunity to access these programs, they appreciate learning something practical related to a job; obtaining funds for their own enterprise; accessing social capital and relationships, as well as accessing a space of sociability and social participation. The comparative analyses of systemic and subjective strategies reveal the existing gap between them at the same time they provide specific guidance on public policies.

Key words: education, work, youth, labour market, policies, Vocational Training, poverty.

Durante la mayor parte del siglo XX, la integración social de los jóvenes se canalizó a través de las instituciones educativas y de las ligadas al mundo productivo. El pasaje a la adultez se caracterizó como la salida del hogar de origen y la asunción de responsabilidades laborales y de reproducción familiar. Las características que definían hasta hace unos 20 años la transición a la vida adulta (independencia económica, autonomía personal y de recursos, constitución del hogar propio) están presentes en cada vez menos jóvenes, generándose una individualización y fragmentación de trayectorias vitales y laborales que desdibujan la construcción de certidumbres en torno al trabajo y a las formas de pasaje a la vida adulta. En este marco, es evidente que las instituciones clásicas de la integración social se han visto desestructuradas.

La crisis de los mecanismos e instituciones de integración social frente al fin de la sociedad del pleno empleo y la globalización es un fenómeno ampliamente discutido en el mundo occidental, en particular el europeo. Frente a ellas, los países europeos fueron configurando políticas de transición al mercado laboral desde hace más de dos décadas, adoptando algunas vías similares, como la ampliación de la escolaridad obligatoria y algunas estrategias diferenciadas, tales como educación dual, dispositivos específicos, etc. Este conjunto de medidas son estudiadas y comparadas en sus alcances y límites permanentemente (Walther, 2004; Du Bois-Reymond; López Blasco, 2004).

¿Qué ha sucedido al respecto en América Latina, donde la heterogeneidad productiva, la pobreza y las desigualdades son estructurales?

Al trasfondo de exclusión histórica, se han sumado la globalización y los procesos de apertura económica y ajuste estructural emprendidos en los años noventa, que han reforzado la heterogeneidad productiva. Aunque en las últimas décadas se ha producido cierta modernización tecnológica y organizacional en los sectores productivos más avanzados, en las pequeñas empresas y en las microempresas la productividad se mantuvo estancada y persisten en muchos casos formas artesanales de producción. El peso del sector informal en el empleo urbano alcanza casi uno de cada dos empleos y la desocupación, con diferencias entre los países, ha estado en continuo crecimiento (CEPAL, 2005).

Las tasas de desempleo de los jóvenes duplican, por lo menos, las del conjunto de la población económicamente activa: hacia fines de los noventa, mientras que el desempleo urbano general fue del 10,2%, el de los jóvenes de 15 a 24 años fue en promedio del 19,5% (Weller, 2003) a lo cual deben sumarse las deterioradas condiciones de contratación y los bajos salarios. Las tasas de desempleo aumentan notablemente en los jóvenes en condiciones de pobreza y a medida que disminuyen los niveles educativos. Los jóvenes de niveles educativos más bajos se ven compelidos a trabajos informales y ocasionales, en el extremo más deteriorado del circuito laboral. Un grupo particularmente crítico es el de los jóvenes hasta 24 años que no estudian ni trabajan, que a fines de los noventa superaban el 20% (CEPAL, 2000).

Paralelamente, se ha producido una expansión de la escolaridad secundaria acompañando a políticas de ampliación de la escolaridad obligatoria. Sin embargo, la expansión está lejos de abarcar a todos, ya que aún en los países con mayores tasas de escolarización en el nivel, en torno al 70%, sólo alrededor del 50% terminan el nivel. Expansión insuficiente, pero también diferenciada: entre los sectores de mayores y los de peores ingresos hay brechas en las tasas de escolarización de alrededor del 20% (Jacinto, 2006). Aunque la terminación de la educación secundaria contribuye a la mejor inserción, el origen socioeconómico, el nivel educativo de la familia y la calidad del circuito educativo al que se tiene acceso parecen ser los determinantes del destino laboral de los egresados (Filmus, 2001).

Desde hace años, vienen desarrollándose en la región iniciativas en el terreno de la formación para el trabajo, dirigidas a brindar cualificación inicial profesional y puentes con el trabajo a los jóvenes pobres desempleados. Pueden distinguirse tres estrategias que dominan el conjunto de acciones: a) capacitación proveniente de los

centros de formación profesional públicos, dependientes de institutos tripartitos de Formación Profesional o de ministerios de Educación; b) dos tipos de programas *ad hoc*, que delegan la ejecución de la formación en actores institucionales diversos, muchos de ellos Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC), e institutos privados de capacitación: b.1) unos que financian cursos a través de licitaciones, e incluyen capacitación y pasantías laborales; b.2) otros que otorgan subsidios dirigidos a organizaciones que trabajan con sectores desfavorecidos, con capacitación y apoyo a emprendimientos productivos.

Estas acciones han cubierto sólo una pequeña parte de la población potencial y están lejos de conformar «políticas de transición al mercado laboral». Muchas veces se ha cuestionado su fragmentación y sus efectos modestos, por tratarse de programas de capacitación «de una sola vez», con escasas articulaciones con la formación profesional regular, con la educación formal y con las políticas integrales de desarrollo e integración social (CINTERFOR, 1998; Jacinto, 1999; Gallart, 2000). Sin embargo, la capacitación puntual ha sido un camino seguido por muchos programas y continúa siéndolo.

En el marco de estas tendencias generales, este artículo analiza en particular el caso de Argentina, en un contexto nacional de desempleo alto (aunque en baja en los últimos tres años), amplio sector informal y segmentación del mercado de trabajo. Se trata de indagar las relaciones entre las rupturas de las formas tradicionales de inserción laboral, las débiles respuestas de las políticas públicas, en particular de los programas destinados a jóvenes sin cualificación, y las formas en las que los propios jóvenes provenientes de hogares de bajos ingresos se las arreglan para construir su inserción laboral. La comparación entre estrategias institucionales y/o sistémicas con estrategias subjetivas y biográficas permite evidenciar desfasajes y vacíos en la estructuración de la transición.

Ruptura de los mecanismos tradicionales de inserción laboral y social

Como es sabido, en el marco de un proceso de crisis del modelo de acumulación, la Argentina viene sufriendo desde hace décadas un deterioro del mercado de trabajo reflejado, entre otros indicadores, en el aumento de la desocupación (en alza desde

principios de los noventa, con picos del 20% en 1995 y 2001; recién en 2006 rozó el 10%) y de la informalidad (persistentemente cerca del 45% de los puestos de trabajo son no registrados). Estos fenómenos condujeron a una mayor fragmentación del mercado laboral, al aumento de la pobreza y de las desigualdades. Después de la aguda crisis de 2001, se entró en un proceso continuo de mejoramiento de la economía, con reactivación del mercado interno y puesta en marcha de programas sociales universales, que actualmente se reflejan en la disminución importante del desempleo y de la pobreza. Las desigualdades de ingresos, sin embargo, persisten y siguen agudizándose.

Se trata de un mercado de trabajo segmentado, donde conviven algunos circuitos de sectores industriales y de servicios integrados en el mercado global, que requieren altas competencias y brindan condiciones protegidas y salarios aceptables; un amplio sector de pequeñas y medianas unidades productivas y de servicios, con diversos estándares tecnológicos y tipos de procesos, muchas de ellas tradicionales, con actividades de supervivencia en condiciones precarias y con ingresos bajos, y otra parte, menor, de pequeñas empresas más eficientes.

En un mercado laboral de tales características, la inserción laboral de los jóvenes ha devenido en un proceso problemático: como en muchos países europeos, constituyen el grupo con mayores niveles de desempleo, más que duplicando la del conjunto de la población económicamente activa, y desprotección laboral.

Existe sin embargo consenso en que, aunque el núcleo más competitivo de la economía es pequeño, las transformaciones de los procesos productivos derivadas de la irrupción de la informática y de las comunicaciones demandan una base de competencias generales transversales a todos los jóvenes, para la mayoría de los empleos y para desenvolverse en la vida cotidiana. Vinculado a ello, se ha ido confirmando un consenso acerca de que el título de nivel secundario constituye un requisito básico para la inserción social y educativa.

Ahora bien, el achicamiento y deterioro del mercado laboral coadyuvaron para que los títulos de nivel secundario sufrieran un continuo proceso de devaluación y, actualmente, la educación secundaria ha devenido necesaria pero no suficiente para acceder a un buen empleo (Gallart, 2000; Filmus y otros, 2001; Salvia y Tuñón, 2003; Kritz, 2005).

Aunque el título de nivel secundario ha disminuido su aporte a la protección contra el desempleo, los mayores años de escolaridad todavía brindan mayor protección laboral, y mejores ingresos (Gallart, 2000; Jacinto 2006, Kritz, 2005). Por ejemplo, en cuanto al acceso a beneficios jubilatorios: mientras que sólo dos de cada 10 jóvenes

que no terminaron el nivel secundario tienen trabajos estables, cinco de cada 10 de quienes terminaron tienen trabajos registrados (Jacinto, 2006)¹.

Los problemas de desempleo de los jóvenes no están sólo asociados a su situación de buscadores de primer empleo: tienen también más alta rotación que los adultos, pasando más frecuentemente del «empleo al desempleo». Esta característica del desempleo juvenil tiene sin duda uno de sus orígenes en el tipo de empleos que se ofrecen a los jóvenes, muchos de ellos precarios, en figuras de pasantías o directamente no declarados. Pero también se abre el interrogante acerca de cuántas de estas entradas y salidas del mercado de trabajo se explican por las lógicas de los propios jóvenes y su relación subjetiva con el trabajo.

Por otro lado, la segmentación del mercado laboral se encuentra fuertemente correlacionada con el estrato social de pertenencia. En efecto, la probabilidad del desempleo de los jóvenes localizados en el 20% de los hogares con menores recursos es 3,5 veces superior que la de los jóvenes localizados en el 20% de los hogares con mayores recursos económicos (Lepore y Schleser, 2004). Además, los jóvenes pobres que logran terminar la escuela secundaria no siempre alcanzan a mejorar su inserción laboral: comparando a los jóvenes pobres y los no pobres, el valor del título es desigual en términos tanto de protección contra el desempleo como en lo que respecta a la calidad de los empleos (Salvia y Tuñón, 2003; Filmus y otros, 2001). Entre las razones de esta discriminación, está el papel del capital social y de las redes familiares en el acceso a buenos empleos (Jacinto, 1997).

La mirada desde las estrategias sistémicas

¿Cómo ha evolucionado el sistema educativo (SE) en este marco? El SE argentino tuvo un desarrollo temprano y es de los más inclusivos de América Latina. La educación primaria se halla universalizada desde hace décadas y las tasas de escolarización en el nivel secundario son altas, de más del 70% en 2001 (y en crecimiento). Sin embargo,

¹⁾ Lo mismo sucede con las remuneraciones. Un estudio sobre la década del noventa muestra que en las categorías extremas de ingresos (hasta dos salarios mínimos o más de cinco salarios mínimos de 1980) existen diferencias importantes a favor de la población con mayores niveles educativos. Para el total de la población, al analizar las diferencias porcentuales, el corte más importante aparece entre primaria completa y secundaria completa, evidenciándose una fuerte brecha entre los ingresos de ambos niveles educativos. En el nivel superior de ingresos, la diferencia entre los que han terminado estudios superiores y los que sólo han alcanzado a completar la secundaria es también muy importante (Gallart, 2000).

muchos jóvenes han abandonado el nivel antes de terminarlo: el 52% entre quienes tenían entre 20 y 29 años en el censo de 2001.

Históricamente, aunque todo el nivel secundario fue concebido como propedéutico, algunas ramas conducían a una formación que suponía la inserción laboral inmediata, sea en el sector terciario (comercio, administración pública) o en el industrial, en tanto el bachillerato conducía a continuar estudios superiores. Durante diferentes períodos históricos, las características propias del modelo prevaleciente de desarrollo socio-económico tuvo consecuencias en la expansión y el papel de cada una de las modalidades (Filmus y otros, 2001). Cuando ya en los años setenta y ochenta se hizo evidente que la capacidad de la economía para incorporar a los egresados de las distintas modalidades era decreciente, las discusiones sobre el papel de la formación para el trabajo en la educación secundaria se fueron desplazando a la cuestión de las competencias generales que debían aportar todas las modalidades, consideradas como requisitos básicos para todos los trabajos. Tanto ese mercado de trabajo incierto como la vida cotidiana, también marcada por las innovaciones tecnológicas, llevaron a enfatizar en la Ley de Educación de 1993 (actualmente en revisión) la educación general, y a diseñar modalidades de la educación polimodal orientadas de un modo general e inespecífico a grandes campos ocupacionales.

Varios trabajos muestran que existe un amplio descontento social con la calidad del nivel, con la fragmentación que derivó de la descentralización y el cambio de estructura, y con la segmentación que conforma circuitos educativos de diferente calidad, según los niveles de pobreza de la población escolar (Jacinto, 2006).

Pero, además, la exclusión educativa y social ha llegado a niveles insospechados: según datos del Censo de 2001, alrededor del 35% de los adolescentes de 15 a 19 años no estudiaba ni trabajaba; eso significa una población de más de un millón de adolescentes. Una vez terminado el nivel secundario, las opciones de inserción educativa se achican: universitario y superior no universitario. Quienes acceden y terminan la universidad son los menos y quienes asisten al nivel terciario no universitario, menos aún: entre los jóvenes de 20 a 29 años, en 2001 sólo el 18% asistía al nivel terciario, el 7% había terminado el nivel y algo menos del 5% contaba con estudios terciarios incompletos. En ese grupo de edad, la mayoría cuenta con el secundario incompleto: alrededor del 52%, y otro 18% sólo terminaron el nivel secundario. Así, mientras que los que frecuentaron el nivel terciario llegan apenas al 30%, sólo para los egresados universitarios el mercado de trabajo muestra niveles de desocupación bajos (con tasas menores del 10%) y empleos de mayor calidad.

En la actualidad, los únicos dispositivos públicos vigentes para facilitar la transición laboral de los jóvenes que terminan el secundario son las pasantías, asociadas a la entidad educativa en la que prosiguen estudios. No sólo alcanzan a pocos jóvenes, sino que tampoco se conoce exactamente su alcance y ni existen evaluaciones sistemáticas.

Ante el desempleo creciente de los jóvenes, desde los años noventa se comenzaron a implementar medidas para acompañar la transición de los jóvenes al empleo, especialmente la de los jóvenes sin cualificación. Muchas acciones se han fundamentado en la concepción de que la baja empleabilidad de estos jóvenes está originada en su insuficiente calificación. Pero, ante el achicamiento global del empleo formal y del aumento de la informalidad, los jóvenes más educados tienen mayores chances de ser seleccionados, aún para empleos que no parecen demandar altas calificaciones técnicas. De este modo, se produce una tensión paradójica y patética, que deja a quienes tienen menores niveles educativos en una situación permanentemente vulnerable, debido a que deben competir en un mercado donde abundan los sobre-calificados.

Con diferente magnitud, origen y dependencia pueden caracterizarse cinco tipos de iniciativas públicas en la materia (Jacinto, 2005): a) la «formación profesional», dependiente de los ministerios de Educación provinciales; b) un programa nacional de capacitación laboral «Proyecto Joven», dependiente del Ministerio de Trabajo; c) programas sociales dirigidos a jóvenes pobres que incluyen capacitación laboral, sobre todo orientada al sector informal, operando especialmente a partir de subsidios otorgados a las OSC; d) reducción del costo laboral por medio de la creación de modalidades contractuales promovidas (liberadas de aportes patronales); e) introducción de sistemas de pasantías laborales, considerados no contractuales. En los últimos años, con el cambio en la orientación gubernamental al respecto, se eliminaron las modalidades promovidas. También dejó de operar a fines de los noventa el programa «Proyecto Joven», aunque cursos *ad hoc* de formación ocupacional fueron asociados como contraprestaciones a programas de renta básica, en los que han estado incluidos jóvenes jefes de hogar.

La institucionalidad permanente está constituida por los centros públicos de formación profesional. En general, adolecen de poca flexibilidad para adaptarse a las cambiantes condiciones del mercado de trabajo y alta burocratización: plantas de instructores rígidas, cursos cuyos contenidos se repiten año a año, escasa vinculación con posibles demandas del mercado de trabajo zonal y coexistencia de ofertas desarticuladas. Sin embargo, existen excepciones, en particular en algunas provincias. Muchos han sido creados en convenio con otras instituciones, tales como: empresas, sindicatos, obispos,

municipalidades, que seleccionan las especialidades y proveen los recursos para equipamiento y materiales. La relación de los centros con la entidad que firma los convenios ha dado como resultado algunas estrategias innovadoras, en el marco de proyectos de desarrollo local, acuerdos con empresas y articulaciones con otras entidades sociales (Jacinto, 1997).

Entre 1994 y 1999, el «Proyecto Joven» capacitó a más de 150.000 personas -entre 16 y 35 años- en todo el país, constituyendo la inversión más importante de la última década orientada a la formación para el trabajo de jóvenes desempleados. Corresponde, sin embargo, sólo al 5% de la población sin nivel secundario de ese grupo de edad. No se apoyó en la oferta tradicional sino que propuso la licitación de cursos a una diversidad de oferentes. El modelo básico de curso era de hasta seis meses. Incluyó una etapa de capacitación propiamente dicha sumada a otra de pasantía en una empresa, aspecto que implicó para el pasante una práctica en un empleo formal aunque, sin duda, este aspecto fue uno de los más difíciles de implementar².

El supuesto básico del programa fue que había un déficit de capacitación adecuada en los jóvenes desempleados, que era la causa de su mayor desocupación. Basado en una «lógica de proyecto», representó un cambio en las aproximaciones públicas de la oferta de formación profesional. Entre los operadores, se contaron sindicatos, cámaras profesionales, pero sobre todo «personas físicas», asociaciones o pequeñas empresas comerciales (muchas veces constituidas sólo para las licitaciones) que representaron entre el 45% y el 60% de los ejecutores. Otras instituciones especializadas, tales como centros de formación profesional y escuelas técnicas, sólo constituyeron el 5% de los oferentes. Estos datos muestran claramente la debilidad institucional de los oferentes. Se trató más bien de pequeñas entidades efímeras que aparecieron y desaparecieron según los avatares del programa. El 75% de las empresas que participaron del programa tenían menos de 25 empleados, los pasantes fueron incluidos esencialmente sustituyendo mano de obra, sin intención de emplearlos posteriormente (Jacinto, 1997). Desde el ángulo de los contenidos de los cursos y de las estrategias pedagógicas, es posible cuestionar el carácter demasiado acotado (en duración y en enfoque) y discontinuado de la formación. Y, a su vez, el hecho de que no se prestó suficiente atención a las debilidades de los jóvenes atendidos con respecto a competencias generales básicas y habilidades sociales. La mayoría de los jóvenes no contaban con estudios secundarios, en tanto este

²⁾ Iniciativas parecidas al «Proyecto Joven» y también financiadas por el BID se han desarrollado en Chile, Uruguay, Colombia, Perú, Venezuela y Panamá. También Brasil ha emprendido un programa similar, pero sin financiamiento externo. También es posible detectar los diferentes programas sociales recientes que atienden a jóvenes vulnerables en buena parte de los países de América Latina.

requisito crecía en el mercado de trabajo. Este programa desapareció a fines de los noventa. Actualmente, los programas de apoyo social contemplan entre una de las contraprestaciones la formación profesional, enfatizando que la misma sea realizada en instituciones de formación profesional y escuelas técnicas.

También desde la década anterior, comenzaron a desarrollarse algunos programas nacionales dependientes de ministerios u organismos sociales que apoyan proyectos de capacitación laboral de jóvenes desarrollados por las ONG. Algunos de ellos, se plantearon no sólo la capacitación laboral, sino también insertarlos en emprendimientos productivos. Los tipos de organismos no gubernamentales que intervinieron en este campo presentan mucha diversidad. Fueron desde asociaciones comunitarias de base hasta técnicas altamente profesionalizadas. En este marco, se registraron algunas experiencias interesantes (Jacinto y otros, 1999), donde se visualizaba una mayor conceptualización y preocupación por los perfiles de la población objetivo y porque promovieron -en un sentido más amplio- la participación social de los mismos. Pero también existieron y siguen existiendo muchas experiencias muy puntuales y de escasa calidad técnica. Lamentablemente, no se realizaron esfuerzos que plantearan cómo capitalizar desde lo institucional estas experiencias, ni evaluaciones adecuadas.

Muchos cursos se diseñaron sin actualizar contenidos ni brindar oportunidades de complementar la formación con prácticas laborales, y sin brindar orientación sociolaboral. Mucha capacitación presupuso que los jóvenes iban a autoemplearse aún sin experiencia laboral previa, ni niveles de organización y conocimientos de gestión básicos, ni posibilidades de crédito (Jacinto, 2005). Un programa nacional más reciente, dependiente de la Dirección de Juventud, se orienta a la formación profesional y a apoyar microemprendimientos de jóvenes desempleados provenientes de hogares de bajos ingresos, no conociéndose aún sus resultados.

En síntesis, si bien las políticas educativas se orientan a la mayor inclusión, todavía persisten altos niveles de abandono, y baja calidad, en el marco de un sistema educativo segmentado. Ello lleva a que la mayor parte de los jóvenes haya abandonado el nivel secundario sin finalizarlo.

En términos generales, puede sostenerse que no se evidencia una política estructurada destinada a facilitar la inserción o la transición al trabajo de los jóvenes en general y de aquéllos sin cualificación, en particular. Las posibilidades de éstos últimos de acceder a algún dispositivo se vinculan al mayor o menor dinamismo de las políticas locales y su articulación con los programas nacionales de renta básica y/o con el mencionado programa nacional, o a la existencia de centros de formación profesional públicos en su entorno geográfico.

Se observa que, en el país, la ruptura de las formas tradicionales de inserción laboral no fue acompañada de la instalación sistemática de dispositivos de inserción o de transición, que se basen en la conceptualización de que el pasaje de la educación al empleo ha dejado de ser un paso, para ser una transición larga y compleja. Un balance conjunto de las políticas destinadas a jóvenes revela que aún no se ha formulado una política de transición hacia el trabajo. Esta situación es especialmente crítica para los jóvenes sin cualificación.

La mirada desde los jóvenes

Una de las consecuencias de los procesos de deterioro de los mercados laborales es la ruptura de los mecanismos de socialización laboral y los cambios en los imaginarios sobre el trabajo por parte de los jóvenes. Desde hace algunos años, se viene produciendo una ruptura de las formas tradicionales de socialización laboral, aquéllas en las que el oficio se aprendía con otro, un maestro, alguien del entorno familiar. La formación general y específica era complementada por el aprendizaje en un empleo relativamente estable. Estas formas suponían también que el proceso de adquisición de la identidad social venía de la mano de la constitución de una identidad laboral. Ante la crisis, muchos jóvenes provenientes de sectores de bajos ingresos tienen escaso o nulo acceso en sus experiencias cotidianas a conocer trabajadores con empleos de calidad. Ellos mismos acceden a trabajos inestables y precarios, o a planes sociales de emergencia que exigen contraprestaciones, que funcionan «como si» fueran trabajo. ¿Cuánto de «formativos» son estos modos de incorporarse al mundo del trabajo?

Al mismo tiempo y vinculada a estos procesos, pero también a fenómenos socio-culturales más amplios, también se produce una irrupción de las culturas juveniles, centradas en una estética del consumo, que han descentralizado el lugar del trabajo en la constitución de las identidades sociales de los jóvenes. El lugar de esta «estética del consumo», que premia la intensidad y la diversidad de las experiencias, incluido el ámbito laboral, busca gratificaciones inmediatas (monetarias y vivenciales), novedosas y flexibles (Pérez Islas y Urteaga, 2001).

El espacio de transición se caracteriza por la diversidad, la inestabilidad y la precariedad de las experiencias laborales y está influido no sólo por la inestabilidad

estructural del mercado de empleo sino también por la naturaleza exploratoria de las formas de «ser joven» (Gaude, 1996).

La lógica subjetiva que subyace a la trayectoria debe ser mirada de un modo complejo. Esta lógica, que le da un sentido a la misma, está muchas veces relacionada con el lugar del trabajo en el conjunto de estrategias subjetivas. Los jóvenes en sus búsquedas iniciales viven esa inserción precaria como una moratoria, un aprendizaje, la necesidad de tomarse un tiempo (Nicole-Drancourt, 1994). Algunos autores sostienen la hipótesis de que un itinerario por sucesivos empleos precarios parece haberse instalado en la socialización ocupacional de los jóvenes (Curie, 1993; Demaziere y Dubar, 1994). En otros términos, la diversificación de los perfiles de inserción se relaciona con la escasez y precarización de las formas de empleo, pero también cuenta la gestión de los propios jóvenes, y las dificultades modernas de inscripción e integración social.

En lo que sigue, se examinan algunos aspectos de las formas que toman los procesos de inserción laboral en los jóvenes provenientes de bajos ingresos, en particular la manera en que algunos de ellos logran desarrollar una socialización laboral que los conduce a una trayectoria acumulativa, y el aporte que ha implicado en ella el acceso a algún dispositivo de inserción. Los datos empíricos provienen de un programa de investigación que viene examinando desde 2000, con metodologías cualitativas, las trayectorias de educación y trabajo de jóvenes de bajos niveles educativos formales³. A partir de ello, se pretende reflexionar sobre las formas en que las políticas públicas podrían responder y apoyar estos procesos.

Obstáculos en la transición laboral de los jóvenes de bajos niveles educativos

El reflejo de los procesos macro-sociales aparece claramente en la vida cotidiana de los jóvenes provenientes de sectores pobres, constituyendo un circuito que impide al acceso a buenas oportunidades laborales, por más que se acceda a la educación secundaria. La investigación realizada en una localidad del conurbano bonaerense puso de manifiesto cómo se expresan esos circuitos. En ellos confluyen procesos de segregación territorial, la estigmatización, el acceso a circuitos educativos devaluados y un débil capital social-cultural, tempranas responsabilidades familiares, urgencia por generar ingresos.

³ Se trata de dos proyectos sucesivos de investigación que han permitido conformar una base de 65 casos.

La segregación territorial se evidencia en la fuerte identificación con el espacio local, con el barrio y la percepción de que la salida del mismo es como un cruce de frontera con diferentes niveles de dificultad, no sólo material sino también simbólica. Los jóvenes ponen de manifiesto su percepción de sentirse diferentes de los que habitan más allá de las fronteras del barrio. La señal más clara al respecto la dan cuando expresan claramente que se sienten objeto de discriminaciones, en el acceso al trabajo, y/o a escuelas fuera del barrio. La discriminación se asienta en su aspecto físico, vestimenta, y/o en habitar en el barrio.

Las vías de acceso al trabajo ponen de manifiesto la marginación ecológica: cuesta salir del barrio, por la distancia, por el costo del pasaje, porque la infancia y la adolescencia suelen transcurrir sin salidas del ámbito local. Además, se carece de redes sociales desde donde pueda provenir un trabajo fuera del barrio.

Cuando los jóvenes mencionan las razones de las dificultades para conseguir trabajo, obviamente los primeros señalamientos se refieren a la falta de trabajo: «no hay nada»; pero también señalan que se sienten desorientados frente a la búsqueda de trabajo, ¿cómo y dónde buscar?, ¿qué decir? La falta de información y el hecho de no haber tenido oportunidades para desarrollar competencias para organizarse, autoinformarse, etc. son señaladas por los propios jóvenes.

La diferenciación de circuitos educativos se hace evidente para los jóvenes a la salida de la escuela. En ese momento, comienzan a ser claramente conscientes que aprendieron menos que «otros jóvenes», porque han accedido a escuelas peores. Esto aparece en evidencia especialmente cuando se intenta ingresar en el nivel terciario.

... cuando vos salís del secundario y no sabes nada y no podés entrar a la facultad, o sea yo me siento estafada por todos los años que hice (mujer de 21 años).

Ahora bien, cuando se indaga si eso que se aprende en la escuela secundaria sirve para la inserción laboral, aparece una valoración ambigua, dado que muchas veces esos saberes no son visualizados como «útiles» para la inserción laboral. En el caso de los jóvenes con menor capital cultural y social dentro de la muestra, este descreimiento está asociado al hecho de que terminar la escuela secundaria no necesariamente abre puertas en el mercado de trabajo.

...yo tengo estudios secundarios, no conseguía trabajo, tengo el secundario completo... la carrera no me sirvió para nada porque mira donde estoy...(mujer de 30 años).

Ciertos circuitos laborales están cerrados para ellos: perciben que probablemente no son accesibles por más esfuerzos educativos que se hagan.

Otro eje de discriminación de oportunidades es el género. Aunque una buena parte de las jóvenes que continúa estudios secundarios en estos barrios no acepta hoy pasivamente su reclusión en la esfera doméstica, muchas jóvenes aún se enfrentan tempranamente a la maternidad, lo cual implica la asunción de nuevas responsabilidades, y muchas veces la postergación de otros proyectos. No existiendo estructuras de apoyo con los hijos, la maternidad precoz es prácticamente sinónimo de abandono escolar y de reclusión en la esfera doméstica.

Los jóvenes construyendo trayectorias, a pesar de la débil institucionalidad

Como se acaba de mostrar, las restricciones que sufren los jóvenes que habitan en barrios marginales en el acceso al empleo, y más aún a los empleos de calidad, son múltiples. Sus posibilidades de lograr una trayectoria laboral acumulativa parecen escasas. La ausencia de institucionalidad que pueda hacer un puente con el trabajo no hace más que reforzar mecanismos de reproducción y exclusión social.

Condicionados además por los escasos «márgenes de libertad» con que cuentan según las condiciones familiares y socio-económicas en las que viven, ¿cómo logran desarrollar sus trayectorias laborales en condiciones en que las formas de socialización ocupacional tradicionales están rotas?, ¿existen para ellos posibilidades de inserción en trayectorias acumulativas?, ¿qué peso tienen en ellas los débiles y erráticos dispositivos de inserción a los que eventualmente pueden acceder?, ¿cuentan ellos con «espacios de exploración», como los jóvenes de otros sectores sociales?

Éstos son algunos de los interrogantes que se abordaron en una segunda etapa del trabajo de campo cualitativo de la investigación, tomando en particular casos de jóvenes provenientes de hogares de ingresos bajos o medio-bajos, mayores de 24 años, con una cierta trayectoria laboral. La mayoría de ellos había accedido también a algún dispositivo de inserción laboral. Contra lo que puede suponerse, los resultados que se reseñan a continuación muestran que algunos jóvenes logran conjugar una acumulación de experiencias que les permiten acceder a alguna forma de generación de ingresos valorada. Esta acumulación de experiencias incluye empleos de diferente tipo, y dispositivos de formación profesional, pasantías y/o apoyo a auto-emprendimientos. La

valoración de este trabajo actual se basa en algún criterio importante para ellos: sean los ingresos, o «hacer lo que me gusta», o «la libertad que necesito», etc.

Discutiremos brevemente la manera en que las trayectorias laborales pueden representar una suerte de socialización laboral, aún en contextos de restricción de oportunidades, para profundizar después con mayor detalle en el peso que pueden tener ciertos dispositivos.

Como podía esperarse, los factores biográfico-contextuales como la escasez de oportunidades o la situación familiar enmarcan las trayectorias (Jacinto y otros, 2005). Cambios de las situaciones familiares como tener un hijo, irse a vivir con su pareja, la muerte de algún miembro del núcleo familiar, la desocupación del principal sostén producen un cambio de papeles en la vida de estos jóvenes que los obliga a asumir la responsabilidad de manutención del hogar. Muchas veces esto lleva a la búsqueda activa de ocupación, ante la necesidad imperiosa de generar ingresos. Sin embargo, las trayectorias no sólo son producto de estos determinantes externos: también se construyen a partir de decisiones y estrategias personales.

En efecto, algunas trayectorias revelan un recorrido acumulativo que juega como una suerte de socialización laboral, independientemente de que las condiciones de trabajo sean precarias. La secuencia de acumulación está ligada al contenido mismo del trabajo y a la valoración subjetiva del mismo. En efecto, a pesar de las restricciones, se evidencia en los jóvenes una cierta capacidad de decidir entre opciones según sus intereses y expectativas. Entonces, los criterios de valoración del trabajo no coinciden necesariamente con el imaginario de un trabajo protegido, sino que en muchos casos se define el valor desde la posibilidad de indagación, la satisfacción con el contenido, el aprendizaje que se realiza en el mismo. Las experiencias laborales, aunque sean inestables y discontinuas, se encuentran ligadas por argumentos de sentido dados por los jóvenes, y van conformando una opción afín a sus intereses y gustos, y una orientación que es reafirmada por los jóvenes como «aspiración» o «deseo» (Jacinto y otros, 2005).

De este modo, según cómo sean o puedan ser capitalizadas las experiencias laborales, se define un marco de posibilidades. Pueden brindar al joven diversos recursos: desde un saber-hacer en una actividad específica, aprendizajes de actitudes y aptitudes en contextos laborales, hasta relaciones sociales. La posibilidad y capacidad para aprovechar algún aspecto de dicha experiencia mediatizan los condicionantes del contexto.

Obviamente, éste no sucede homogéneamente entre todos los jóvenes. Los recorridos laborales de muchos no están ligados ni a la socialización en el trabajo, ni al

aprendizaje, ni a la valorización de un trabajo «interesante o gratificante». El peso de los determinantes contextuales y biográficos se imponen y simplemente, aceptan lo que viene, porque «hacer cualquier cosa es lo mismo».

¿Cómo juega o puede jugar en el marco de estas trayectorias el pasaje por algún dispositivo de inserción? Los jóvenes entrevistados habían accedido a cursos gratuitos de formación profesional y/o a un programa nacional que apoya la creación de micro-empresas juveniles, y/o a empleos temporarios creados por un municipio para el trabajo de coordinación de grupos de actividades juveniles.

Los resultados muestran que estos dispositivos pueden tener efectos positivos, cuando la suma de precariedades que viene de reseñarse hace que, para estos jóvenes, el acceso a la educación formal no es suficiente para romper las barreras de los circuitos laborales segmentados. Las percepciones de los jóvenes de las oportunidades que les han brindado estas experiencias son muy positivas en la mayor parte de los casos. Sea por los aprendizajes efectuados, sea por haber logrado una inserción laboral ligada a la formación profesional recibida, e incluso por los aspectos afectivos y de relación vinculados a la experiencia, los jóvenes aprecian mucho la experiencia e incluso la comparan positivamente con relación a la escuela secundaria.

¿Qué es lo que valoraron los jóvenes de estas experiencias? Analizando las trayectorias de los jóvenes y sus percepciones, pueden distinguirse varios tipos de aportes: aprender algo específico vinculado a una ocupación; lograr fondos para iniciar un emprendimiento; acceder a un capital social transferido y también facilitar el acceso a espacios públicos de participación social.

Aprender algo específico vinculado a una ocupación

La inespecificidad de la escuela secundaria en sus modalidades generales es contrapuesta a una experiencia de formación profesional en la que se aprende algo concreto, cuya posibilidad de utilización inmediata es claramente percibida por los jóvenes y provoca gratificación. Expresan «sé lo que sé», y eso genera confianza y fortalecimiento de la autoestima.

... antes de hacer el curso tenía un secundario completo pero ¿qué puedo hacer si no tengo un oficio, no tengo una profesión?... después de hacer el curso, tengo muchísima confianza, me presento de otra manera: soy auxiliar contable, estudié en un Centro de Formación 401, te presentás distinto, te da otro impulso, es muy positivo este curso... (mujer de 25 años).

También resaltan la adquisición de competencias específicas, que incluso los pueden llegar a poner en mejores condiciones frente a ciertos puestos que el certificado de nivel medio general.

... yo tengo amigos que ni siquiera terminaron la secundaria y vinieron acá y les fue bastante bien. Tienen trabajo por haber estudiado acá. Por la experiencia que obtuvieron acá. Los tomaron a prueba con otros chicos que tenían el secundario completo y ellos quedaron (varón de 24 años).

Incluso el pasaje por un curso de formación profesional específica también en algunos casos contribuye a que los jóvenes se motiven o busquen alternativas para finalizar el secundario. Varios estudios de egresados de centros de este tipo hallaron un reingreso al secundario cercano al 30% (Jacinto, 1999).

El puntapié inicial: una oportunidad ante la falta de recursos

Los microcréditos o los subsidios. La oportunidad que brindan estas intervenciones aparece claramente en los casos en que se ha apoyado a los jóvenes a través de recursos concretos para generarse un trabajo. Como se sabe, la evidencia empírica acumulada con respecto a la promoción de micro-emprendimientos con jóvenes plantea dudas acerca del impacto posible (Jacinto, 2003). Por un lado, se sostiene que en el actual contexto socio-laboral la generación de puestos de empleo en el sector formal se ve muy restringida y entonces la «invención» del propio trabajo aparece como alternativa. Por otro lado, también es conocido que, a las habituales dificultades de sobrevivencia de los micro-emprendimientos en general, en los jóvenes se agregan otras como la edad y la escasa experiencia laboral, sumadas en este caso a la endeblez de las competencias generales y a la limitada red de relaciones sociales⁴. Pero, al mismo tiempo, el apoyo a las actividades emprendedoras de los jóvenes puede dar lugar a que sus intereses y creatividad sean puestos en juego en la experiencia.

En el caso de los jóvenes entrevistados, el acompañamiento y asesoramiento fueron claves para sortear con mayor o menor éxito esta oportunidad de tener un pequeño capital inicial para comenzar un emprendimiento. Los programas por los que han pasado estos jóvenes les han brindado la posibilidad de acceder tanto a capacitación

⁴ La promoción de experiencias de autoempleo y/o micro-emprendimientos con jóvenes de perfiles socio-educativos bajos requiere de un fuerte seguimiento, que se exprese a través de: apoyo a la selección de nichos productivos o de servicios viables; capacitación en gestión, en comercialización y en las competencias ligadas a la actividad, acceso al crédito y asistencia técnica durante un período considerable, incluyendo acompañamiento psico-social (Jacinto, 2001).

y asesoramiento para la gestión del negocio, como a recursos, tales como herramientas, micro-créditos, dinero para viáticos, que claramente perciben como su única oportunidad de poder iniciar un emprendimiento de este tipo.

En algunos casos, el micro-emprendimiento aparece claramente como una oportunidad aprovechada después de otras experiencias laborales e incluso sumándose a otras actividades simultáneas. En otros casos, la posibilidad de tener el propio emprendimiento surge casi por casualidad, y es una oportunidad valorada, que da «miedo».

Otros espacios públicos de sociabilidad y participación social

Los jóvenes se acercan a los cursos no necesariamente guiados por la motivación de que lo que aprendan les sirva para trabajar. Muchas veces se trata de ganas de aprender, de aprovechar la oportunidad «por si me sirve para más adelante». Por ejemplo, los cursos de computación son concebidos como el desarrollo de una competencia que «me va a servir». Lo mismo sucede con los de administración. En cambio, otros más ligados a oficios concretos parecen vinculados al interés por ese oficio en particular.

Más allá de estos matices, todos señalan que es «la oportunidad de hacer algo», de aprender, de seguir estudiando, más aún si se es desocupado.

Por ejemplo, una joven señala: «Me enteré por un volante en ese momento estaba sin trabajo, buscando... me mantiene ocupada y esperando que salga algo» (mujer de 23 años). Pareciera que el curso no forma parte de una estrategia de acumulación en función de un proyecto laboral, sino del aprovechamiento de una oportunidad de formarse y superar el aislamiento que produce la falta de trabajo.

En ocasiones, el impacto del pasaje por alguno de estos programas sociales es tal, que allí encuentran la posibilidad de armar un proyecto laboral insospechado con anterioridad. Es el caso por ejemplo de un joven que, luego de varios trabajos intermitentes, tiempos de inactividad y changas, se incorporó a trabajar en la municipalidad por una política de la misma de reclutamiento de jóvenes como tutores o facilitadores de los programas. Ahora, le gusta lo que hace, manifestándose con un discurso muy comprometido con el «sentido» de lo hace.

Nos juntamos un grupo de amigos que hacíamos trabajos en el barrio y empezamos. Se hizo una reunión y en esa reunión se habló de posibilidad de hacer distintas cosas, y yo quedé y me llamaron... tuvimos unas charlas y quede laburando... Me gusta mucho lo que hago. El hecho de estar con gente e intentar ayudarlas con algo (varón de 25 años).

La satisfacción con la experiencia de intercambio social ha sido resaltada por varias investigaciones anteriores (Jacinto, 1995; Pieck, 2001; Gallart, 2000a). Su importancia no debe ser minimizada: se trata de un espacio de relevancia social en la experiencia de quienes suelen no tener otro lugar en el mundo. En el marco del debilitamiento de las instituciones tradicionales, cobran particular importancia como instancias de participación social.

Redes y puentes institucionales con el empleo

Tal vez uno de los mayores aportes a las trayectorias de los jóvenes de los programas de intervención social sea el fenómeno que hemos denominado «la transferencia de un capital social institucional» (Jacinto, 1996). Es conocido que el capital social, entendido como red de relaciones sociales y también como asociado a un capital cultural (o sea conocimientos, ideas, valores y habilidades), resulta uno de los mecanismos de reproducción social más poderosos. El estudio de las trayectorias de los jóvenes puso de manifiesto que la legitimación social de la que goza la institución u organización con la que los jóvenes aparecen relacionados les brinda redes y puentes con el empleo que de otro modo estarían vedadas⁵. Esta suerte de «transferencia del capital social institucional» resulta muchas veces clave para lograr la inserción.

En los casos analizados, esta transferencia aparece de muchas maneras. Por ejemplo, cuando un centro de formación profesional hace un «puente» con un lugar de trabajo, favoreciendo el ingreso en un empleo formal al que el joven no podría haber accedido sin esa gestión. Cuando el coordinador de un programa se ocupa de facilitar las gestiones para la inscripción legal de un emprendimiento, que estaban paradas «por todo el papelerío». Cuando otro grupo de emprendedoras vende sus productos a través de puentes que la organización les provee con sectores de mayores recursos. Cuando el acompañamiento institucional en instancias de inserción o de instalación de un emprendimiento, es clave para la resolución de múltiples imprevistos.

...por medio del centro de FP, conseguí trabajo en FATE como operario...

...Sin el permiso de Bromatología no podíamos empezar a trabajar como empresa fumigadora... recién pudimos solucionar el problema cuando intervino la gente de Desarrollo Social... (varón de 23 años).

⁵ En un estudio anterior, habíamos encontrado resultados similares con cursos de formación profesional en el conurbano bonaerense (Jacinto, 1996).

Con la misma institución, nos ayudaron a armar todo lo que es presupuesto, averiguar todos precios por todos lados, en mayoristas o donde están más baratos los productos (mujer de 29 años).

Estos puentes que logran quebrar circuitos cerrados muestran la importancia de que las intervenciones no se conciban simplemente como el acceso a un conocimiento valioso, útil y/o significativo, sino también con una clara conceptualización de los obstáculos que operan en los mecanismos de selectividad del mercado de trabajo.

Conclusiones

Al analizar conjuntamente desde una mirada sistémica y subjetiva las formas en que las que se aborda la «transición laboral» en Argentina, saltan a la vista dos conclusiones evidentes. Por un lado, la débil formulación de políticas que acompañen las transiciones ante las rupturas de los mecanismos tradicionales de inserción en el empleo. Por otro, algunos jóvenes de bajos niveles educativos y sociales logran socializarse en el trabajo acumulando, y en estas trayectorias puede jugar un papel considerable la oportunidad de pasar por algún dispositivo de inserción.

Ahora bien, aunque la calidad del dispositivo no se ha profundizado en este artículo, no debe soslayarse que es clave para evaluar las posibilidades de impacto positivo.

Obviamente, en el ámbito macro-social y político, el tema de fondo es cómo lograr sociedades más inclusivas. En el ámbito de las políticas específicas de transición laboral, no cualquier orientación puede llegar a resultados en ese sentido de mejoramiento de oportunidades. Las concepciones en pugna sobre las formas de intervención de las políticas y los programas sociales y educativos evidencian que no toda intervención tiene el mismo sentido ni responde a los mismos enfoques acerca de la justicia social, y del papel de los actores individuales y colectivos, por mencionar sólo dos dimensiones relevantes.

En lo que concierne específicamente a las intervenciones y servicios a los que acceden los jóvenes con escasa cualificación, puede decirse de un modo muy general que, mientras que algunas plantean puentes con instituciones de calidad, otras simplemente brindan oportunidades aisladas, en condiciones pobres, que no logran compensar desigualdades; mientras algunas refuerzan el protagonismo de los jóvenes, considerándolos actores y desarrollan una estrategia de fortalecimiento individual y colectivo, otras son mero asistencialismo.

Algunas estrategias que combinan buena calidad técnica, puentes con el empleo, acompañamiento en la inserción se fortalecerían conociendo mejor las formas en las que se combinan subjetividades con oportunidades objetivas de los jóvenes. Muchas veces se parte del supuesto equivocado de que la suma de precariedades en las que viven los jóvenes provenientes de hogares desfavorecidos implica que ellos no tienen palabra, ni estrategias vinculadas a sentidos subjetivos. El análisis de las trayectorias muestra que estos supuestos son equivocados.

Evidentemente, la integración socio-ocupacional implica procesos graduales y sistemáticos de formación, estructurados alrededor de itinerarios, que promuevan el encadenamiento con etapas formativas posteriores, en el transcurso de las cuales deben recibir apoyo de servicios sociales que disminuyen los factores de abandono y/o fracaso. Los puentes entre diferentes circuitos formativos (escolaridad formal, formación profesional, lugares de trabajo) deben crearse y/o reforzarse para favorecer la pertinencia y significatividad social de la educación permanente en el proceso de transición laboral de los jóvenes.

Existe, además, un piso de bienestar social básico para que los dispositivos de inserción puedan actuar con posibilidades y para que los jóvenes tengan márgenes de libertad para desplegar sus creatividades, deseos, intereses, expectativas, estrategias. Por ello, las estrategias integrales deben articularse con acciones redistributivas para compensar la desigualdad social, y el reconocimiento de la diversidad cultural entre los jóvenes.

Referencias bibliográficas

- CEPAL (2000): *Panorama Social de América Latina 2000*. Publicación de Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- (2005): *Panorama Social de América Latina 2005*. Publicación de Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- CINTERFOR/OIT (1998): *Juventud, educación y empleo*. Montevideo, CINTERFOR.
- CURIE, J. (1993): «Faire face au chômage: problématique et résultats», en *L'orientation scolaire et professionnelle*, 22, 4. París, pp.295-303.
- DEMAZIERE, D.; DUBAR, C. y otros (1994): «La insertion professionnelle des jeunes de bas niveau scolaire», en *Documents synthèse*, 91. París, Céreq.

- DU BOIS-REYMOND M.; LÓPEZ BLASCO, A. (2004): «Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas: hacia las políticas integradas de transición para los jóvenes europeos», en *Revista Juventud, Estudios de Juventud* 65/04, pp. 11-29.
- FILMUS, D.; KAPLAN, C.; MIRANDA, A.; MORAGUES, M. (2001): *Cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente. Escuela media y mercado de trabajo en épocas de globalización*. Buenos Aires, Santillana.
- FILMUS, D. (2001): «La educación media frente al mercado de trabajo: cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente», en C. BRASLAVSKY (org.): *La educación secundaria. ¿Cambio o inmutabilidad? Análisis y debate de procesos europeos y latinoamericanos contemporáneo*. Buenos Aires, IPE-UNESCO, Ed. Santillana, pp. 149-221.
- GALLART, M. A. (2000a): «El desafío de la formación para el trabajo de los jóvenes en situación de pobreza. El caso argentino», en M.A. GALLART (coord.): *Formación, pobreza y exclusión*, pp. 241-302. Montevideo, CINTERFOR.
- (2000): *Programa Mecovi Argentina, Proyecto Educación y Empleo en el GBA 1991-1999*. Buenos Aires, INDEC, BID.
- GAUDE, J. (1996): Relations entre nouvelles formes de travail, la formation et l'insertion professionnelle. *Etudes de Politique* 23, Geneve, OIT.
- JACINTO, C. (1995): «Formación profesional y empleabilidad de jóvenes de bajos niveles educativos: ¿una articulación posible?», en M.A. GALLART (comp.): *La formación para el trabajo en el final de siglo: Entre la reconversión productiva y la exclusión social*. RET (CIID-CENEP), UNESCO-OREALC, pp. 137-167.
- (1997): «Políticas públicas de capacitación laboral de jóvenes en Argentina: un análisis desde las expectativas y las estrategias de los actores», en *Boletín* 139. Montevideo, CINTERFOR.
- (1999): *Programas de educación para jóvenes desfavorecidos: Enfoques y tendencias en América Latina*. UNESCO IIEP.
- (2001): «Contextos y actores sociales en la evaluación de los programas de capacitación de jóvenes», en E. PIECK (coord): *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*. México, coedición UIA, IMJ, UNICEF, CINTERFOR-OIT, RET y CONALEP.
- (2005): «Politiques publiques de formation et d'emploi des jeunes en Argentine. Un bilan critique des années quatre-vingt-dix», en *Perspectives documentaires en éducation*, 61, pp. 43-52. Paris, ISSN: 1148-4519.
- (2006): *La escuela media. Reflexiones sobre la agenda de la inclusión con calidad*. Buenos Aires, Santillana.

- KRITZ, E. (2005): «Reforma y crisis: la educación y el mercado de trabajo en la Argentina de los años 90», en *Debate 2: Educación y mercado de trabajo urbano. La situación en seis países de la región*. SITEAL.
- LÉPORE, E.; SCHLESER, D. (2004): *El Desempleo Juvenil en Argentina: Perfiles y dinámica*. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, mimeo.
- NICOLE-DRANCOURT, Ch. (1994): «Mesurer l'insertion professionnelle», *Revue française de sociologie*, París XXXV, pp. 37-68.
- PÉREZ ISLAS, J. A.; URTEAGA, M. (2001): «Los nuevos guerreros del mercado. Trayectorias laborales de jóvenes buscadores de empleo», en E. PIECK (coord.): *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*. México, coedición UIA, IMJ, UNICEF, pp. 333-354.
- PIECK, E. (2001): *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*. México, coedición UIA, IMJ, UNICEF, CINTERFOR-OIT, RET y CONALEP.
- SALVIA, A.; TUÑÓN, I (2003): *Los jóvenes trabajadores frente a la educación, el desempleo y el deterioro social en la Argentina*. Buenos Aires, Fundación Friedrich Ebert.
- WALTHER, A. (2004): «Dilemas de las políticas de transición: discrepancias entre las perspectivas de los jóvenes y de las instituciones», en *Revista Juventud. Estudios de Juventud* 65/04, pp. 133-150.
- WELLER, J. (2003): «La problemática inserción laboral de los y las jóvenes», en *Serie Macroeconomía del desarrollo*, 28. Santiago de Chile, CEPAL.